

justicia. Encontrando en su camino el cristianismo que le acriminaba su ambicion, ha querido acabar con este enemigo. La guerra era, pues, fatal. Aquí se ve la ilusion de los que consideran la revolucion como una manifestacion de las creencias cristianas. Si la ha inspirado el cristianismo, habrá sido un cristianismo que no tiene de comun más que el nombre con la religion tradicional.

### § II.—La literatura.

#### N.º 1.—Boileau.

Boileau es un poeta cortesano. Es el historiógrafo de Luis XIV, y llevó hasta la idolatría su admiracion hácia el gran rey. En la contienda de los antiguos y de los modernos, que implica en el fondo la doctrina del progreso, Boileau se declara por los antiguos. Parece, pues, por todos conceptos un hombre del pasado. Sin embargo, aquel cortesano de un rey que no sueña más que conquistas, es un enemigo declarado de los conquistadores; aquel partidario de los antiguos se desata con violencia inaudita contra el héroe más brillante de la antigüedad; repudia la fuerza como Pascal y le opondrá la justicia, sin desesperar como el triste filósofo, que no sabe más que maldecir y criticar el espíritu humano. ¿Cómo explicar estas contradicciones?

El movimiento hostil á la guerra y á la conquista, que se manifiesta en el siglo XVII y adquiere tanta importancia en el XVIII, tiene sus raíces en la antigüedad. Los estóicos, preocupados exclusivamente del hombre interior y de su perfeccionamiento, hacían poco caso de los conquistadores. No temieron atacar á la figura más brillante de la Grecia; sus sátiras traspasaron el reducido círculo de la escuela; los poetas persiguieron con sus invectivas á Alejandro en el seno de una nacion esencialmente guerrera. Juvenal rivalizó en dureza con Séneca. Boileau reproduce sus ataques. A la faz de un rey, cuya ambicion egoísta assolaba la Europa, hace la sátira de la ambicion. A los que dicen que este vicio fué siempre la virtud de los héroes, responde con una violenta filípica contra el héroe macedonio:

« *L'enragé qu'il était, né roi d'une province  
Qu'il pouvait gouverner en bon et sage prince,  
S'en alla follement, et pensant être Dieu,  
Courir comme un bandit qui n'a ni feu ni lieu,  
Et traînant avec soi les horreurs de la guerre,  
De sa vaste folie emplir toute la terre:  
Heureux si de son temps, pour cent bonnes raisons,  
La Macédoine eût eu des petites-maisons,  
Et qu'un sage tuteur l'eût en cette demeure,  
Par avis des parents, enfermé de bonne heure!* » (a).

Dícese que Carlos XII, al leer estos versos, arrancó la página de Boileau, que contenía esta sátira de su héroe favorito. Dirigida á Alejandro, la sátira era injusta; no era un loco el joven guerrero, que fundó más ciudades que las que han destruido otros conquistadores. Pero en su émulo Carlos XII la pasión de la guerra fué una verdadera locura. Si no se encierra en los manicomios á los locos de esta especie, al ménos los pueblos se defenderán de su funesta manía, tomando á su cargo la direccion de sus destinos.

Boileau no se limita á censurar los excesos del espíritu guerrero, tal como se encarnó en el héroe sueco; ataca á la guerra misma, ve en ella una enfermedad de la humanidad, y procura curarla, avergonzando á los hombres porque son más crueles que las fieras (1). Muchas veces se ha hecho esta comparacion que pa-

(a) Dejamos en frances estos versos de Boileau, y en general harémos lo mismo con todos aquellos pasajes en que la traduccion habria de oscurecer forzosamente la belleza del original, pero para que pueda comprenderse su significado, darémos por nota su traduccion en prosa. Los versos estampados en el texto quieren decir:

« Aquel furioso, que por nacimiento era rey de una provincia, la cual hubiera podido gobernar como príncipe bueno y prudente, salió, hecho un loco, y creyendo ser un Dios, á correr como un bandido sin casa ni hogar, y llevando consigo los horrores de la guerra, á llenar el mundo con su vasta locura: ¡ojalá en aquellos tiempos hubiera habido casas de locos en Macedonia para que un tutor prudente lo hubiera encerrado á tiempo en una de ellas con consentimiento de sus parientes!» (N. del T.)

(1) *Jamais, pour s'agrandir, vit-on dans sa manie  
Un tigre en fractions partager l'Hyrcanie?  
L'ours a-t-il dans les bois la guerre avec les ours?  
Le vautour dans les airs fond-il sur les vautours?* (b).

(b) ¿Se ha visto alguna vez que algun tigre fraccione la Hircania en su manía de engrandecerse? ¿El oso hace en los bosques la guerra á los osos? ¿El buitre ataca á los buitres en los aires?

rece injuriosa para la humanidad. Si la crítica no es muy profunda, en cambio revela que los que la hacen no tienen inspiración heroica. Boileau no ve en estos famosos conquistadores admirados por el mundo, más que bandidos afortunados. En el siglo XVIII Voltaire escandalizó mucho á su amigo Federico comparando á los héroes con los Cartouche y Mandrin: Luis XIV no debió tampoco ver con mucho gusto que su poeta favorito llamaba ladrones á los más ilustres conquistadores, los cuales, sometidos á un tribunal, se verían muy apurados para disculparse. ¿Qué digo? Sométase á él al más grande de todos, exclama Boileau, la Reynie, y en tres días dejará en el cadalso su cabeza y sus laureles. ¿Cuál es pues el ideal de Boileau? Pone por encima de los Alejandros y de los Césares al sabio de Aténas, que fué fiel hasta el martirio á su culto de la justicia.

Este último rasgo demuestra que Boileau no era un simple versificador, como dicen sus detractores. Es verdad que en sus ataques contra los conquistadores se encuentran muchas reminiscencias de Juvenal y de Séneca. Pero no puede deducirse de esto que no sean más que buenos versos hechos sobre un tema en el cual no cree el poeta. Hay en Boileau un soplo del espíritu nuevo que anuncia el siglo XVIII. ¿Cuál es la consigna de la filosofía? La humanidad, la tolerancia. Creeríase que estos sentimientos no deben ser los de una época que vió las dragonadas y el incendio del Palatinado. Sin embargo, Boileau condena las guerras de religión:

*«L'Europe fut un champ de massacre et d'horreur:  
Et l'orthodoxe même, aveugle en sa fureur,  
De tes dogmes trompeurs, nourrissant son idée,  
Oublia la douceur aux chrétiens commandée;  
Et crut, pour venger Dieu de ses fiers ennemis,  
Tout ce que Dieu défend, légitime et permis.....» (a).*

(a) «La Europa fué un campo de matanza y de horror, y hasta los ortodoxos, ciegos en su furor, alimentando su idea con tus dogmas engañosos, olvidaron la dulzura prescrita á los cristianos; y para vengar á Dios de sus fieros enemigos, creyeron legítimo y permitido todo lo que Dios prohíbe.....»

¿Qué dirán nuestros católicos de esta pintura del falso celo y del injusto furor de los ortodoxos? ¿No parece un filósofo del siglo XVIII, más bien que un contemporáneo del rey que revocó el edicto de Nantes? Lo que extraña es cómo, con semejantes ideas, Boileau siguió siendo un poeta cortesano. ¿No ha escrito que en el término de dos años espera ver á Luis XIV á orillas del Helesponto? ¿No ha celebrado la justicia de su señor á la par que sus victorias? Digamos seguidamente que, si se ha hecho ilusión como sus contemporáneos, no ha llevado la ceguedad ó la adulación hasta renegar de sus convicciones. No teme decir á un rey orgulloso con sus victorias que juzga superiores á los conquistadores los príncipes que hacen la felicidad de sus pueblos. Se puede ser héroe sin asolar el mundo. Es un error conceder el primer lugar entre los reyes á los que se presentan adornados con los laureles de la guerra. En realidad son los más vulgares. ¿Cuál es el pueblo que no cuenta con uno de estos favoritos de Marte? Los más bárbaros han tenido su Atila, su Gengiskan. Pero si se quiere encontrar un rey que haga consistir su gloria en la felicidad pública, hay que recorrer los anales de todos los siglos.

La Francia de Luis XIV era esencialmente monárquica; puede decirse que fué cómplice del egoísmo real, porque lo fomentó con una admiración que rayaba en idolatría. Este entusiasmo general por un rey conquistador nos explica cómo un poeta cortesano ha podido celebrar á un rey guerrero, á pesar de condenar la guerra y las conquistas. Lo que debe sorprendernos en Boileau, no es que haya cantado la gloria del gran rey, sino más bien que, á despecho de los hechos, se haya obstinado en buscar aquella gloria en la justicia y la equidad; que ante un rey, cuya ambición era insaciable, haya condenado la ambición y puesto á Sócrates sobre Alejandro. Este es un testimonio notable del poder de las ideas. En apariencia Luis XIV tiene á sus piés toda la Francia; pero entre los mismos que le admiran, se encuentran algunos hombres ilustrados que celebran los beneficios de la paz y la gloria de la justicia. Su voz se pierde, al parecer, en medio de los gritos de triunfo. Pasan algunos años, y el siglo XVIII en masa maldice á los conquistadores.

N.º 2.—*Labruyère.*

Labruyère es un espíritu de la familia de Boileau, preciso, exacto, pero sin arranque. Ambos hacen la sátira de la guerra y de la conquista en tiempo de un rey conquistador. Sirven de vínculo entre los siglos XVII y XVIII. Aun hay que remontarse más, si se quiere seguir el encadenamiento y la filiación de las ideas. Labruyère no es un pensador aislado; procede de Pascal y de Montaigne. El libre pensador del siglo XVI da la mano al cristiano semi-escéptico del XVII; despues vienen los literatos de Luis XIV y los filósofos del siglo XVIII, que difunden aquellas ideas por el mundo entero. He aquí cómo tiene lugar el lento trabajo de las ideas. Los pensadores aislados son los que preparan el movimiento de donde data una nueva era en la vida de la humanidad. Insistimos sobre este vínculo que enlaza las edades; es el único que explica la marcha de los acontecimientos. Cuando se haya reconocido que la filosofía del siglo pasado tiene sus raíces en los siglos precedentes, los más ciegos partidarios de lo pasado habrán de cesar de maldecirla, ó habrán de hacer extensiva su maldición á tiempos más distantes, y así de este modo, remontando de una edad á otra, acabarán por maldecir á toda la humanidad. ¿No será esto maldecir á Dios, de quien procede, que la guía y que la inspira?

Pascal dice que la fuerza es la reina del mundo. Labruyère nota el mismo hecho: « La guerra, dice, tiene á su favor la antigüedad; ha existido en todos los siglos. En todo tiempo los hombres, por un pedazo de tierra más ó ménos, han convenido entre sí en despojarse, quemarse, matarse y degollarse unos á otros. » Labruyère pregunta de dónde ha nacido la manía de destruirse recíprocamente. Responde como moralista: « De la injusticia de los primeros hombres ha nacido la guerra, así como la necesidad en que se han visto de imponerse jefes que fijasen sus derechos y pretensiones: Si, contentándose con lo suyo, hubieran podido abstenerse de los bienes ajenos, se hubiera disfrutado para siempre de paz y libertad. » Hé aquí una palabra atrevida, que no hubiera agradado á Luis XIV, si hubiera comprendido toda su trascendencia. Los reyes son los representantes de la fuerza que reina en el mun-

do; no son necesarios sino porque los hombres se devorarían mutuamente, si quedasen abandonados á sus malas pasiones. Pero este estado de violencia ¿no es transitorio? En tiempos de Labruyère ¿no experimentaban los pueblos la necesidad del derecho, de la justicia? Y si sustituyen la fuerza con la justicia, ¿qué va á ser del poder real? Una cosa supérflua, mejor dicho, un obstáculo; órgano de la fuerza, perpetúa la dominación de ésta. Tiene, pues, que perecer ó que trasformarse. Los contemporáneos de Luis XIV no pensaban en una revolución, pero hacían sentir su necesidad, sin pensarlo, y la preparaban sin quererlo.

El poder real busca su gloria en las armas. Labruyère no ataca al poder real, pero ridiculiza las guerras de los reyes: ¿no es esto desprestigiar á los reyes mismos? Dejamos la palabra al moralista francés: « Si se os dijese que todos los gatos de un gran país se han reunido á millares en una llanura, y que despues de haber mayado á su satisfaccion, se han arrojado con furor unos sobre otros, devorándose con uñas y dientes; que de esta pelea han quedado por ambas partes tendidos nueve ó diez mil gatos, que con su corrupcion han infestado el aire en diez leguas á la redonda, ¿no diriais: es el aquelarre más abominable de que se ha oído hablar en la vida? » Labruyère continúa en el mismo tono y llega á la conclusion de que los hombres son tan ridículos con sus guerras incesantes como lo serían los animales si pasasen su vida en matarse recíprocamente: « Supongamos un hombre de la estatura del monte Athos. Si este hombre tuviese una vista bastante sutil para descubrirnos sobre la tierra con vuestras armas ofensivas y defensivas, ¿qué creéis que pensaria de unos muñecos equipados de esta manera, y de lo que llamais guerra, caballería, infantería, un sitio memorable, una jornada famosa? » (1).

El ridículo es una arma terrible en un pueblo que estima ante todo el ingenio. Con este formidable instrumento demolió Voltaire el cristianismo en el siglo XVIII. Bajo este punto de vista se

(1) « ¡No oiré hablar de otra cosa entre vosotros! ¿No se divide el mundo más que en regimientos y en compañías? ¿Todo se ha convertido en batallón ó escuadrón? *Ha tomado una ciudad, ha tomado otra, mas despues una tercera; ha ganado una batalla, dos batallas; arroja al enemigo, vence por tierra y por mar.* ¿De quién hablais? ¿De alguno de vosotros, de algun gigante, de algun Athos? »

debe apreciar la crítica que hacen de la guerra los literatos. En el fondo no prueba gran cosa. ¿Qué significa la pequeñez del hombre, ni la vanidad de todas sus empresas? ¿Qué prueba esto contra la guerra? Pascal, que tanto empeño ha puesto en atacarla, destruye con una sola palabra todo lo que se dice contra ella; si el hombre no es más que una frágil caña, es una caña que piensa. El pensamiento da grandeza á todo lo que hace, bueno ó malo. Esto es lo que se puede responder á Labruyère. Pero sus ataques, lo mismo que los de Boileau y Pascal, tuvieron sin embargo gran acogida. ¿Cómo tomar en serio la gloria de los héroes, cuando se los representa bajo la forma de gatos que mayan y se arañan? Estas sátiras eran necesarias para combatir la manía de la guerra en una nación como aquella. En tiempo de Labruyère aquella pasión conservaba todavía toda su fuerza. Hasta el pacífico pueblo «llevaba con impaciencia, dice el moralista, que no chocasen los ejércitos en campaña, ó, si chocaban, que el combate no fuese sangriento, y que quedasen en el campo ménos de diez mil hombres.»

Luis XIV curó por algun tiempo á la Francia de aquella locura. A fuerza de victorias la Francia se extenuó y se encontró al borde del abismo. Los Franceses pudieron entonces apreciar la verdad de las palabras de Labruyère: «¿De qué sirve para el bien de los pueblos y para la felicidad de su vida, que el príncipe ensanche los límites de su imperio más allá de las tierras de sus enemigos, que convierta sus soberanías en provincias de su reino, que las naciones se llamen unas á otras, y se unan para defenderse y contenerlo, y que se unan en vano y que él continúe su marcha triunfal?» La crítica va directamente á Luis XIV; es admirable por su buen sentido y por su valor. Hoy sabemos para qué han servido aquellas conquistas. Ya cuando Labruyère escribía, reinaba la miseria en aquella Francia tan envanecida con su gran rey. No se puede leer sin profunda compasión el cuadro que traza el moralista de la población de los campos: «Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, diseminados por los campos, negros, lívidos, pegados á la tierra en la que escarban removiéndola con invencible tenacidad; tienen como una voz articulada, y cuando se levantan sobre sus piés, presentan un rostro humano;

y efectivamente son hombres; se retiran por la noche á sus chozas, en donde viven de pan negro, de agua y de raíces; evitan á los demas el trabajo de sembrar, de trabajar y de hacer la recolección para vivir, y en recompensa no comen el pan que han sembrado.» La piedad se convierte en cólera cuando se considera que aquel embrutecimiento de las criaturas de Dios es debido á la ambición egoísta de un hombre y á su estúpido despotismo. Se comprende que aquellos desgraciados se hayan levantado un siglo más tarde clamando ¡venganza! ¡venganza!

### § III.—La religion.

#### N.º 1.—Bossuet.

Nunca fué más brillante la literatura religiosa que en tiempo de Luis XIV. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y sus ideas respecto de las guerras incesantes del gran rey? Hay dos tendencias en el cristianismo; una que recuerda la ley antigua, otra que procede del Evangelio. La primera ve en la religion revelada una ley formulada en textos, é inmutable como la letra escrita. La otra se inspira en la caridad de Cristo más bien que en una Escritura; comprende la religion como una palabra viva, y quien dice vida, dice movimiento y progreso. Bossuet es el representante de la Biblia, Fenelon es el órgano del Evangelio. En este sentido puede decirse que el obispo de Meaux es más católico que el arzobispo de Cambrai, áun cuando el uno sea galicano y el otro ultramontano. Bossuet nos dirá la última palabra del catolicismo sobre el derecho de guerra. Fenelon nos enseñará lo que podemos esperar de la inspiración evangélica.

Cristianos muy sinceros, espíritus eminentes han puesto en duda la legitimidad de la guerra. Bossuet no menciona siquiera esta opinión, ni mucho ménos entra á discutirla. El se satisface con la ley de Moisés. ¿Cómo es posible sostener que la guerra es ilegítima, cuando se ve que Dios mismo ordena á los Judíos la guerra llamada sagrada? (1). Una guerra á muerte, dice Bos-

(1) Leemos en la Sagrada Escritura: «*Destruidis en vuestro camino á vária*